

# Esperanza: Un Arma De Doble Filo

**Byron Batz, Ph.D.**

**© 2026 Byron Batz. Todos los derechos reservados.**

**Queda prohibida la reproducción total o parcial de este texto, su distribución, almacenamiento o transmisión por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del autor.**

# Esperanza: Un Arma De Doble Filo

Permíteme comenzar con una historia.

Un día Viernes, visité a mi hermano menor en su habitación de hospital a las 11:00 a.m. Había sido admitido la noche anterior después de caerse en su casa. Cuando llegué, acababa de regresar de una tomografía de su cabeza.

“¿Qué pasó?”, pregunté, preocupado y desconcertado.

“Perdí fuerza en las piernas, lo que me hizo que me cayera, y ahora no las siento”, dijo con calma.

“¿Ya encontraron los médicos alguna causa?”

“Esta mañana me dijeron que encontraron una ‘sombra’ en mi columna, pero necesitan hacer más pruebas y análisis antes de me puedan decir más.”

“¿Te explicaron por qué te escanearon la cabeza?”, pregunté, aún tratando de unir las piezas.

“No”, respondió. Pero, sabiendo mi experiencia en el ámbito de la salud, devolvió la pregunta hacia mí.

“¿Qué estás pensando? Probablemente sabes más de lo que me han dicho. Solo dime qué crees que está pasando.”

Lo examiné, hice una evaluación de pies a cabeza. Le hice preguntas de sus síntomas, cuándo comenzaron, qué podía y no podía sentir en sus piernas. Toqué sus dedos de los dos pies. Nada. Le pedí que los moviera. Lo hizo, pero con esfuerzo. Le pedí que levantara los pies. No pudo.

“Tengo sospechas”, dije finalmente.

“Si quieres **esperanza**”, añadí con suavidad, “escucha a los clínicos de aquí, y a los que se sumarán a tu cuidado en un futuro cercano. Lo que estoy pensando puede que no te la dé.”

“Quiero que me digas todo”, insistió. “¡No me ocultes nada!”, ordenó.

Así que le di cuatro escenarios, advirtiéndole que ninguno era bueno.

“Solo dímelos”, dijo, preparándose.

“Uno: la sombra en tu columna no es cancerosa. Pueden removerla quirúrgicamente, pero nunca volverás a caminar.

Dos: es cancerosa pero está confinada a tu columna. Pueden removerla, luego necesitarás quimioterapia o radiación, o ambas. Tampoco volverás a caminar, y los tratamientos dejarán daños permanentes.

Tres: encuentran tumores adicionales en áreas cercanas, ganglios linfáticos, órganos, tejidos. La cirugía podría ayudar, pero la quimioterapia y la radiación serán inevitables. Será una batalla enorme con una recuperación larga y una calidad de vida muy pobre.

Cuatro: encuentran un tumor en tu cerebro. No quieres escuchar las palabras glioblastoma o astrocitoma. Si está en tu cerebro, lo mejor que puedes hacer es ir a casa, pasar tus meses restantes, no años, meses con la familia y poner tus asuntos en orden. Nadie sobrevive eso, y quienes prolongan su vida con tratamientos sufren enormemente.”

Justo cuando terminé, el médico entró.

“¡Los laboratorios se ven increíbles! Todo está muy bien. Tu cirugía de espalda está programada para el lunes por la mañana. Te mantendremos hospitalizado hasta entonces. ¡Vamos muy bien!”, dijo dando una palmada al terminar esas afirmaciones. “¿Alguna pregunta?”

Mi hermano hizo la única pregunta que el médico no esperaba.

“¿Encontraron algo en mi cerebro?”

La sonrisa del médico se afinó, luego se desmoronó por completo. “Hmm... ah... déjeme revisar su expediente.” Su voz tropezó consigo misma mientras retrocedía hacia la puerta. Observé una ligera vacilación justo antes de que saliera.

En el momento en que la puerta se cerró detrás de él, me giré hacia mi hermano. “Él ya lo sabe.”

Diez minutos después, el médico regresó, inquieto, evitando el contacto visual.

“Bueno, um, ah, entonces... hay una pequeña bolita, del tamaño de un guisante, en tu tomografía de la cabeza. Puede que solo sea un artefacto, y es realmente pequeño, así que no deberíamos darle demasiada importancia por ahora. En este momento, lo que necesitamos es enfocarnos en tu cirugía y **esperar** una recuperación completa.”

Mi hermano me miró, y supe que estaba pensando en el escenario cuatro.

“No tienes que hacerte la cirugía de espalda”, dije suavemente.

Antes de que pudiera terminar, el médico intervino. “Oh no, la cirugía es necesaria para aliviar la presión en los nervios. Esto es para ayudarlo a caminar de nuevo con un poco de rehabilitación.”

Mi hermano me asintió. “Haré la cirugía. Me da una oportunidad de recuperar fuerza en las piernas. Luego me preocuparé del tumor cerebral.”

La cirugía duró catorce horas, casi el doble de lo que los médicos habían anticipado. Al final, solo pudieron remover el diez por ciento del tumor espinal. La rehabilitación no trajo ninguna mejoría. Después de depositar su **esperanza** en la operación y descubrir que solo empeoró su condición, mi hermano rechazó todo tratamiento adicional. La recuperación de la cirugía fue agotadora, y nunca volvió a caminar.

Mi hermano hizo las paces con lo probable.

No huyó de la verdad que se acercaba; se volvió hacia ella. Miró a la muerte cara a cara y, con una firmeza y valor que admiraré toda mi vida, aceptó que venía por él.

No había rendición en él, solo una especie de valentía lúcida, la valentía de alguien que elige la vida real sobre la ilusión.

En esa aceptación, encontró una libertad extraña y solemne.

Murió tres meses después, a los cuarenta años de edad, en paz, sin agonía, sin dolor. Con toda su cabellera. Con toda su mente. Lleno de amor. Si hubiera perseguido cada tratamiento que le ofrecieron, cada uno envuelto en la promesa de un tal vez, cada uno promocionado como la posibilidad más brillante y reciente, si se hubiera aferrado al deseo de un milagro a cualquier costo, ese final pacífico, esa dignidad... lo digo con un alto grado de certeza, no habrían sido posibles.

Si mi hermano se hubiera aferrado a la creencia de que podría ser el único en escapar de ese tipo de cáncer cerebral, el resultado mucho más probable es que habría muerto en tormento, sus últimos días consumidos por los efectos secundarios de sueños convertidos en desesperación. Y el resto de nosotros nos habríamos quedado con esos recuerdos, inquietantes, insostenibles, en lugar de los últimos días y horas hermosos que se nos dieron para despedirnos.

Dos horas antes de morir, habló clara y amorosamente con cada miembro de nuestra familia.

La esperanza suele ser elogiada como si fuera una medicina universal.

Las frases sobre este estado optimista se multiplican como linternas en la oscuridad, cada una instándonos hacia metas, hacia la perseverancia, hacia algún horizonte imaginado. En estos dichos, la esperanza se convierte en una especie de motor moral, la fuerza que mantiene a la humanidad avanzando, la enemiga jurada de la desesperación.

Pero pocos hablan del otro lado. El que hiere. El que ata. El que nos mantiene aferrados a lo que ya no nos sirve.

Hay momentos en los que la esperanza deja de ser compañera y se convierte en carcelera, cuando nos pide esperar en lugar de actuar, soportar en lugar de soltar, aferrarnos en lugar de ver la realidad. En esos momentos, no es una virtud sino un peso. Se convierte en aquello que impide la sanación, la aceptación o el cambio.

Sí, la esperanza impulsa a algunas personas hacia adelante. Esto no puede negarse.

Pero para otras, se convierte en aquello que causa un sufrimiento mayor, una promesa que se renueva mientras la vida pasa silenciosamente.

La pregunta más profunda no es si la esperanza es buena o mala, sino cuándo nutre y cuándo corroe. Porque no es inherentemente una bendición; es una herramienta. Y como cualquier herramienta, puede construir o puede quebrar.

La esperanza suele tratarse como un requisito previo para la acción, una especie de luz interior sin la cual nada crece. Quienes hablan de esta experiencia humana la describen como aliento, como brújula, como la condición misma para esforzarse.

Pero existe otro tipo de persona, menos aceptada y menos comprendida, aquella que avanza sin esperanza. No en desánimo. No en resignación.

Sino en realidad.

Estas personas no dependen de deseos o sueños para impulsarse. Dependen de la disciplina, la comprensión, la habilidad o un asesoramiento sobrio de la realidad. Actúan porque la acción es necesaria, no porque estén sostenidas por la promesa de una recompensa futura. Mejoran porque la mejora es posible. Resuelven problemas porque los problemas requieren solución. Tienen éxito porque se comprometen con el trabajo, no porque los motiva un sentimiento.

Para los eternamente esperanzados, esto puede ser confuso, incluso inquietante. Confunden la ausencia de esperanza con la presencia de desesperanza. Suponen que sin ella, una persona debe estar perdida, derrotada, pesimista, cínica o insensible.

Pero esto es un malentendido.

Existe una forma de movimiento hacia adelante que no depende en absoluto de la esperanza, un movimiento basado en la responsabilidad, la realidad o simplemente rehusarse a abandonar la agencia. Es el movimiento de quienes no necesitan creer que las cosas saldrán bien para hacer lo que debe hacerse.

La esperanza es un camino.

Pero no es el único camino.

A veces, ni siquiera es el mejor camino.

Es importante reconocer que la esperanza no es una virtud universal, sino un temperamento, uno que algunos necesitan y otros trascienden.

Sigo regresando a una definición poco ortodoxa y no oficial de esperanza, una que me ha acompañado durante años.

“La esperanza es la ilusión humana por excelencia, simultáneamente la fuente de su mayor fuerza y de su mayor debilidad.” – El Arquitecto (The Matrix, película)

La frase del Arquitecto es impactante porque se niega a romantizar esa, como él la llamó, ilusión humana. Nombra lo que la mayoría de las culturas evita: que esa fuerza ilusoria no es puramente una fortaleza, sino un mecanismo de doble filo. En un borde, energiza, eleva y sostiene. En el otro, distorsiona, retrasa y atrapa.

El mundo está saturado de frases que celebran el primer filo. La esperanza como valentía. La esperanza como resiliencia. La esperanza como la chispa que mantiene a la humanidad en movimiento. Estas son ideas reconfortantes, y el consuelo tiende a repetirse hasta convertirse en doctrina.

Pero el segundo filo, el que corta, rara vez se reconoce.

Porque admitir que la esperanza puede debilitarnos es admitir que nuestras narrativas más queridas están incompletas. En muchos casos, los deseos y los sueños son solo lentes que filtran la realidad, un lazo que nos mantiene atados a lo que debería ser soltado.

La esperanza se convierte en una carga cuando se desconecta de la retroalimentación.

Pero la frase del Arquitecto señala una verdad más profunda: la esperanza no es una necesidad humana fundamental. Es una ilusión psicológica, poderosa para algunos, peligrosa para otros.

En su mejor versión, la esperanza es un recurso motivacional: sostiene el esfuerzo, organiza la atención y orienta a una persona hacia futuros deseables. Pero cuando persiste sin recalibración, cuando la nueva evidencia ya no actualiza la expectativa, pasa de ser una postura racional a una distorsión cognitiva.

La esperanza anula el razonamiento de costo–beneficio. Las decisiones no se toman porque sean adaptativas, sino porque preservan la comodidad emocional del resultado esperado.

El futuro imaginado queda aislado de la realidad. A medida que la probabilidad de éxito se acerca a cero, la persona continúa comportándose como si el éxito estuviera garantizado. La brecha entre expectativa y realidad se ensancha.

La agencia se ve comprometida. En lugar de guiar la acción, la esperanza comienza a dictarla. La persona queda comprometida con una trayectoria que ya no le sirve.

El daño surge en el momento de la divergencia. Cuando el resultado deseado se vuelve irrealista, inalcanzable o imposible. La inversión continua del individuo, emocional, financiera, relacional, y se vuelve destructiva. Lo que antes empoderaba ahora desorienta.

La debilidad no es la esperanza en sí, sino la incapacidad de actualizarla en respuesta a condiciones cambiantes. La ilusión surge cuando la mente protege la narrativa deseada a costa de una percepción precisa.

En la ciencia y la medicina, no existen certezas del cien por ciento. Esta ausencia de absolutos nos inquieta, pues vivimos en una cultura que trata la esperanza como una especie de moneda, algo que debe invertirse incluso en las posibilidades más remotas.

Sin embargo, la medicina, quizá más que cualquier otro campo, está llena de tratamientos que prometen un destello de salvación. Cada nueva terapia, cada protocolo experimental, se convierte en un recipiente para nuestro anhelo de burlar al azar, de inclinar la probabilidad hacia el deseo.

Pero cuando una sociedad se aferra demasiado a probabilidades casi inexistentes, corre el riesgo de confundir posibilidad con inevitabilidad. La esperanza deja de ser una virtud y

se convierte en un refugio frente a la incomodidad de la incertidumbre. Y en ese refugio, a veces olvidamos que la medicina no es un reino de garantías, sino una disciplina de apuestas cuidadosas, guiadas por evidencia, moldeadas por límites y sostenidas por la humildad de actuar sin saber nunca con certeza.

Los pacientes quieren esperanza. Los médicos, conscientes de los límites de su arte, la ofrecen en forma de pequeñas probabilidades, fracciones de una oportunidad, astillas de posibilidad. Sin embargo, los pacientes suelen aferrarse a esos números como si fueran promesas y no valores atípicos estadísticos. La mente edita silenciosamente la ecuación: un cinco por ciento se convierte en “quizá yo”, mientras que el noventa y cinco por ciento de probabilidad de derrota se desvanece en el fondo.

Esto crea un ciclo que ninguna de las partes pretende del todo. Los pacientes, impulsados por deseos, sueños, miedo y anhelo, amplifican el destello más tenue. Los médicos, movidos en su mayoría por compasión y deber, y en pocas ocasiones por “más tratamientos significan más dinero”, continúan ofreciendo ese destello. Y juntos sostienen un bucle en el que se intercambia esperanza, pero se pierde la realidad.

La esperanza se desprende de la proporción. Cuando el éxito improbable se trata como destino, y el fracaso probable se trata como irrelevante, el paciente no es empoderado, sino engañado. El ciclo persiste porque tranquiliza a todos los involucrados, pero rara vez sirve a quien debe soportar el resultado final.

No estoy en contra de la esperanza; puede ser una linterna en lugares oscuros, una fuerza que mantiene a algunas personas en movimiento cuando nada más lo haría. Lo que resisto es el tipo de fe que se aferra a lo imposible, la esperanza que exige que construyamos nuestras decisiones sobre probabilidades infinitesimales mientras ignoramos la posibilidad mucho mayor del daño. Cuando los deseos y los sueños se convierten en una apuesta contra la realidad, dejan de ser alimento y se convierten en una crueldad. En algunos casos, en sufrimiento puro. Hay momentos en los que aferrarse a probabilidades que se desvanecen fractura a una persona más profundamente que aceptar la verdad que tiene delante.

A veces, el acto más compasivo no es alcanzar lo improbable, sino hacer las paces con lo probable.